

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 75, 10-14): ***Pide una señal al Señor.***

Salmo (23, 1-2.3-4ab.5-6): ***«Va a entrar el Señor, Él es el Rey de la gloria»***

2ª lectura (Romanos 1, 1-7): ***Prometido ya por los profetas.***

Evangelio (Mateo 1, 18-24): ***Él salvará de los pecados.***

Está claro que vivimos bajo el influjo y el poder de los medios de comunicación, sobre todo de la imagen. La realidad existe en tanto en cuanto aparece en los medios. Ellos crean realidad, construyen un modo de ver, pensar y vivir. Una cultura. La tele, y desde hace años Internet, es la ventana que nos permite asomarnos a la calle del mundo y saber qué sucede más allá de nuestra casa, al otro lado del mundo. Pero, podríamos darle la vuelta, verlo al revés, es la puerta de nuestra casa que, cuando la abrimos, entra gente que no conocemos, entran valores, estilos de vivir, opiniones...

Nosotros escuchamos y sobre todo miramos. Somos meros espectadores. Nos hemos convertido en “mirones”; somos como James Stewart, en la famosa película de Alfred Hitchcock “La ventana indiscreta” espiando la vida de sus vecinos. No son casuales los programas que con cámara indiscreta, o a la luz de los focos del plató, airean morbosamente la vida privada de los demás, la violencia, el sexo... y nosotros miramos.

Dicen los expertos que, a la cultura racionalista, científica y técnica, volcada en conocer la realidad, hasta en sus más mínimos entresijos, le ha crecido, con el tiempo, una profunda malformación: la de querer explicar y controlar toda la realidad, sin apertura posible al misterio de la vida... con Dios al fondo. La dictadura de la imagen, hoy en día, no sería sino una prolongación de aquella deformación: la realidad es imagen, lo que no vemos no existe, no importa que la imagen sea real, lo que importa es la apariencia, el espectáculo.

Una cultura así, es un fraude, porque el ser humano no puede ser reducido a la exhibición de su vida, y porque las preguntas profundas, por el sentido y por el misterio de la vida no pueden ser respondidas desde imágenes que quieren mostrarlo y demostrarlo. El reto, cultural y religioso, es abrir caminos hacia la profundidad, hacia el misterio escondido, que no se ve, pero es.

A nuestra cultura, nosotros somos hijos de ella, se le hace difícil comprender textos como el evangelio de hoy, se nos hace inverosímil, por más que digamos que es Palabra de Dios. Nos rebelamos a creer que las cosas sucedieran así, tal y como son narradas. Y hacemos bien, porque la fe ha de hacerse inteligible, creíble. Eso mismo fue lo que intentó el evangelista Mateo.

¿Qué quiso transmitir Mateo? ¿Cuál fue su intención? Los estudiosos de la Biblia saben y nos dicen que Mateo quería explicar a sus destinatarios quién era Jesús y, así, despertar en ellos el deseo por conocerlo. Y utilizando los estilos narrativos de aquella época les fue explicando que, en Jesús, Dios ha entrado totalmente en nuestra historia. Les explicó que Jesús es descendiente de Abrahán y de David. Y sobre todo, quiso dejar muy claro que en una mujer, María, Dios se ha hecho carne, se ha hecho hombre, se ha hecho historia. Jesús es la salvación de Dios.

Hasta el Concilio Vaticano II, la Iglesia vivía más del catecismo y de las devociones que de los evangelios. Muchos recordamos la misa en latín y las lecturas de los evangelios leídos por el cura, frente al retablo, también en latín. El pueblo, como no entendía, rezaba el rosario o leía algún libro de oraciones.

El Concilio supuso un cambio espectacular. El conocimiento de la Palabra de Dios. Nos ayudó a construir una vivencia cristiana más adulta y más firme, a la altura de los tiempos que vivimos y de la mentalidad del hombre de hoy. Acercarnos a los evangelios nos aproxima a Jesús. Como dice san Pablo a los cristianos de Roma ***«Este evangelio... se refiere a su hijo... Jesucristo nuestro Señor»***. Jesús es el Evangelio de Dios para toda la humanidad. Los evangelios escritos nos aproximan al Evangelio, que es Jesús. No hay mejor Adviento que conocer a Jesús.

Adviento no solo es un tiempo litúrgico que se va repitiendo cíclicamente, cada año. Es más. Adviento es una actitud permanente de apertura a Dios. Cuando nos empeñamos en vivir encerrados en nosotros mismos no hay Adviento que valga. La cerrazón mental y del corazón es contraria al Adviento porque le cierra las puertas a Dios, que nos busca y quiere nacer en nuestra vida.

Como nos transmite el texto del evangelio de Mateo, Adviento significa la sorpresa positiva del hombre ante la novedad de Dios que llega y nos propone una misión. Miremos a María y a José, pobres, con sueños de juventud y con humildes proyectos de futuro. Dios apareció en sus vidas y todo cambió. María dijo ***«sí»*** y José dijo ***«sí»***.

La experiencia cristiana nos asegura que cuando sinceramente esperamos a Dios Él llega, llega siempre y transforma nuestra vida, superando todas las expectativas, hoy, nosotros, cristianos del siglo XXI podemos, como María, vivir con las puertas abiertas deseando que Dios nos visite. Y podemos, como José, cambiar los planes, acoger el Evangelio, aceptar su voluntad, más allá de nuestros cálculos y limitaciones.